



CARTA ANUAL DEL SUPERIOR GENERAL
A LOS COHERMANOS DE LA SOCIEDAD SAN PABLO

**Artesanos de Cristo
en la cultura de la comunicación**

Queridísimos hermanos,

la tercera etapa de nuestro camino después del XI Capítulo General nos ofrece la oportunidad de profundizar aún más en las múltiples facetas de nuestra identidad. En particular, tendremos en cuenta nuestro ser “artesanos de comunión”, un camino que se renueva paso a paso y que no queremos ignorar. El objetivo del Capítulo General – «*“Déjense transformar, renovando vuestro modo de pensar” (Rm 12,2). Dejándonos transformar por la escucha de la Palabra de Dios, en diálogo con el mundo en profunda metamorfosis, nosotros, “editores” paulinos, nos comprometemos a ser artesanos de comunión para anunciar proféticamente la alegría del Evangelio*» – nos lleva ahora a reflexionar sobre la invitación a ser creativos y generativos. Artesanos en el arte de la comunicación que para nosotros Paulinos es testimonio y anuncio del Evangelio, en comunión entre nosotros y con Dios.

En un cambio de época, en una época de mutación de la comunicación debido a la fuerte presencia de los lenguajes digitales – y hoy en particular de la inteligencia artificial – nuestra misión también necesita invocar nuevos caminos y abrazar nuevas oportunidades, de los “editores” Paulinos que encarnen la figura del artesano, o más bien de quien inventa algo que aún no existe, nunca repetitivo, valiente, inmerso en el Espíritu, en Aquel que hace nuevas todas las cosas¹.

El compromiso de ser “artesanos” como lo fue don Santiago Alberione con los primeros Paulinos – emprendedores con la prensa, la radio, el cine y otras formas de apostolado – pone de relieve cómo en muchas situaciones nuestra generación ha perdido esta cualidad prefiriendo operar con lo que ya se conoce. No se trata de cambiar por cambiar, ni siquiera de multiplicar las iniciativas apostólicas, sino de generar, crear, dar vida como el artesano da vida. Nuestro pasado, tan lleno de novedades, no sólo debe ser conocido, sino también asimilado en profundidad para que se convierta en inspiración de nuevos caminos, de contextos comunicativos en los que la humanidad de hoy pueda vislumbrar los signos de esa esperanza que no decepciona.

I. El icono del artesano

La imagen del artesano es particularmente significativa. ¿Quién es el artesano?² Es quien realiza un trabajo con compromiso, paciencia, constancia y maestría. Produce objetos cuya creación requiere gran habilidad técnica y gusto estético. Es pues un profesional, pero también un artista, un creativo, un innovador meticuloso. Se involucra en lo que hace, “se ensucia las manos” y lo que hace es como una extensión de su persona. Él da vida, él crea. Trabaja en un taller con constancia y pasión, cuida los detalles y todo lo que hace es para otra persona. Confía en sus colaboradores. Un buen artesano crea un estilo que perdura en el tiempo, confiando los secretos de su oficio a las nuevas generaciones y por ello es reconocido por la gente, apreciado y buscado.

¹ Cfr. Ap 21,5.

² Documento preparatorio para el XI Capítulo general, Roma, Casa general, 2020.

El Papa Francisco, al describir la figura del artesano, nos recuerda que éste *«tiene una mirada original de la realidad. Tiene la capacidad de reconocer una obra maestra en materia inerte incluso antes de crearla. Lo que para todos es un bloque de mármol, para el artesano es un mueble; ¡lo que para todos es un trozo de madera, para un artesano es un violín, una silla, un marco! El artesano es el primero en comprender el destino de la belleza que puede tener el material. Y esto lo acerca al Creador»*³.

Los rasgos “humanos” del artesano, sus cualidades personales, nos muestran algo que muchas veces olvidamos. El trabajo es un arte divino, que pertenece a la armonía de la creación⁴: no es pura producción repetitiva de objetos.

Podríamos continuar mucho tiempo, pero estas breves notas nos permiten ya reflexionar sobre quién es el “editor” paulino, cuál debe ser su estilo de vida, su forma de abordar la evangelización. Es necesario superar una visión “productivista” y “repetitiva” del apostolado para adoptar un enfoque que ponga en primer lugar a la persona y todo lo que puede dar por el Evangelio con creatividad, pasión e ingenio. El artesano vive en espacios generativos y piensa generativamente. Nuestras propias comunidades deben ser repensadas como lugares de creatividad, “talleres de evangelización”, que tienen en el centro de su actividad un sueño, una visión, una experiencia de vida que comunicar, una Persona que dar a conocer... De este modo, los límites de la mentalidad del apóstol se van ampliando progresivamente y con ellas las de la evangelización. La artesanía, tan poco apreciada por la globalización, nos ofrece una imagen elocuente. Centrarse sobre ella nos permite subrayar que aún queda mucho por descubrir sobre nuestra misión, a la luz de un contexto comunicativo que ofrece nuevos caminos a la misión, teniendo en cuenta que *«ningún algoritmo podrá sustituir a la poesía, la ironía y el Amor»*⁵.

El Papa Francisco añade otra pieza a nuestra reflexión: *«La artesanía es una manera de trabajar, de desarrollar la fantasía, de mejorar los ambientes, las condiciones de vida, las relaciones. Por eso también me gusta pensar en ustedes como artesanos de la fraternidad. La parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37) nos recuerda esta artesanía de las relaciones, de compartir juntos. El samaritano se acercó, se inclinó y levantó al hombre herido, poniéndolo de pie y ungiéndolo con dignidad con gestos de solicitud»*⁶.

De aquí extraemos el segundo aspecto que nos importa: la comunión. La fraternidad es una dimensión del vivir juntos, de relaciones de calidad. Junto a la escucha, el diálogo y el perdón⁷, la fraternidad nos muestra que vivir como hermanos implica vivir los unos para los otros. Ser artesanos de la fraternidad interpela a nuestras comunidades paulinas y sus lugares apostólicos. La fraternidad, por tanto, no puede entenderse sólo como una experiencia en la que buscamos un cierto “bienestar”, un sentimiento de estar felices juntos, tranquilos y lejos de los problemas, sino sobre todo como un espacio de entrega mutua. El acto de comunicar, en sus diversas vertientes, se realiza para crear relaciones, fraternidad y, en el más alto grado, comunión⁸.

2. Un arte que nace de la comunión

La comunión cualifica el estilo de vida del cristiano, nuestra vocación, el sentido del seguimiento del Maestro... y es el objetivo de la misión paulina⁹. *«¡Qué todos sean uno!»*, ora Jesús: *«Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así también ellos sean en nosotros»* (Jn 17,22). Vivir unos

³ Papa Francisco, *Discurso a las delegaciones de la Confartigianato*, Ciudad del Vaticano, 10 de febrero de 2024.

⁴ Cfr. Gen 2,2-3.15.

⁵ Papa Francisco, *“Una universidad con el olor de pueblo”*. Discurso durante el encuentro en la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma, 5 de noviembre de 2024.

⁶ Papa Francisco, *Discurso a las delegaciones de la Confartigianato*, Ciudad del Vaticano, 10 de febrero de 2024.

⁷ Papa Francisco, *Ángelus* del 19 de febrero de 2017.

⁸ Valdir José De Castro, *Carta anual. Apóstoles comunicadores. Para una cultura del encuentro*, Roma, 2018.

⁹ Cfr. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia*, 2 de marzo de 2018, n. 6.

para otros es el dinamismo de la Trinidad y, por tanto, de la Iglesia. Comunión, por tanto, no de cosas, sino de personas que encuentran el sentido de su vida en la relación mutua.

En la Primera Carta a los Corintios, San Pablo describe el rostro de la comunión, la hace aún más visible, es más, nos lleva al corazón mismo de la comunión, que es la Eucaristía. De este memorial de la Pascua de Jesús surge la conciencia de ser Iglesia, pueblo santo reunido por el Señor para celebrar el don de la vida nueva, donde el don a acoger es el Pan de vida que nos nutre, hasta el punto de poder decir como Pablo: «*Ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí*» (Gál 2,20). Sus palabras son verdaderamente iluminantes: «*Por cuanto hay un solo pan, aunque somos muchos, somos un solo cuerpo: de hecho, todos participamos de un solo pan*» (1Cor 10,17).

El Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, profundizó esta identidad de la Iglesia y reafirmó el misterio del amor que expresamos al ser un solo cuerpo, una comunidad que en el bautismo encuentra la fuerza para caminar juntos como amados por el mismo Padre. Hay una eclesiología de comunión¹⁰ que nunca debemos olvidar porque la Iglesia manifiesta su identidad y se hace testimonio del Evangelio sólo en el amor mutuo. La misma sinodalidad es un modo concreto que expresa este aspecto de la vida cristiana, por el cual, caminando por el mismo camino, aprendiendo a escucharnos unos a otros, valorizando los dones de cada uno y participando en los acontecimientos de la humanidad... testificamos que es Cristo quien nos llama a la comunión con él¹¹.

El sentido de la vida consagrada, y en particular de la vida en comunidad, está estrechamente vinculado a la comunión. Comunidad no de individuos que se esfuerzan por estar juntos, sino de hermanos que en la mutua aceptación manifiestan las palabras de Jesús: “*El amor con el que me amaste esté en ellos, y yo en ellos*” (Jn 17,26). Si la comunión es tan central para nuestra vida cristiana, si define nuestra identidad como personas consagradas, entonces entendemos por qué la comunión misma se convierte en el significado de la misión. No tenemos nada que anunciar excepto Dios “*todo en todos*” (1Cor 15,28).

Hay un término que, a pesar de pertenecer a la cultura digital, por su connotación simbólica también tiene algo que decir respecto a la comunión: “conectarse”. La conexión es el prerrequisito necesario para responder a la necesidad humana de relaciones profundas. Conectarse es una acción que pertenece a la “cultura del encuentro”. Presupone que también exista una aceptación explícita de la solicitud de contacto, lo cual es fundamental para que exista una verdadera comunicación. En particular, la conexión expresa el deseo de la Iglesia de permanecer en relación con una sociedad que está en línea, pero a menudo inmersa en la soledad, ya que no encuentra a nadie que sea testigo de que es posible vivir unos para otros. Sólo de este amor recibido como don surge el sentido último de la vida humana. «*Las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy, de los pobres sobre todo y de todos los que sufren*” (GS 1) son una vez más las alegrías y las tristezas de todos nosotros, discípulos de Cristo»¹².

Conectarse es ofrecer la posibilidad de disfrutar de la presencia los unos de los otros, es despertar el deseo de compartir la vida¹³, por eso «*lo que era desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que contemplamos y nuestras manos tocaron el Verbo de la vida, también se lo anunciamos a ustedes, para que ustedes también estén en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*» (1 Juan 1,1-3).

¹⁰ Idem, n. 107.

¹¹ Cfr. 1Cor 1,9.

¹² Documento final de la segunda sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (2-27 de octubre de 2024), *Para una Iglesia sinodal: comunión, participación misión*, 26 de octubre de 2024, n. 2.

¹³ Vivian D., *Iglesia comunión: deseo y profecía desde Vaticano II hasta hoy*, en *Vocazioni* 1 (2012), p. 27.

3. La importancia de la relación

La comunión es también uno de los ámbitos de creatividad del artesano. Para quien crea, es el rostro de su interlocutor el objetivo de su obra y lo proyecta fuera de sí mismo, una acción que presupone amor. Crear no es sólo producir un objeto, sino principalmente es tejer relaciones que liberan de la soledad, un dinamismo que no tiene fin.

El acto mismo de crear no responde simplemente a necesidades, cualesquiera que sean, y menos aún a las leyes del mercado por sí solas. Crear es el lugar donde el artesano no sólo expresa su propia “humanidad”, sino también algo más. Lo mismo ocurre con nosotros. En el bautismo nuestra vida está íntimamente unida a Cristo y su presencia en nosotros nos hace hijos en el Hijo, inmersos en el misterio de la divina-humanidad. Crear, por tanto, expresa nuestra “humanidad” y nuestra “divinidad”, nuestro ser hijos de Dios, hechos a imagen del Hijo. Cuando el hombre crea, lo hace como persona divina-humana en la que también actúa el Hijo. Él obra en el sentido de que él mismo nos toma de la mano para que vivamos nuestra humanidad como él la vivió: como Hijo del Padre. Por eso ser artesano es una vocación, una llamada a participar en la acción creadora de Dios que desde las primeras páginas de la Escritura se presenta como artesano: él, como un alfarero, moldea al hombre en Gn 2,7; como arquitecto, edifica a la mujer en Gn 2,22. Incluso el Sal 139, recordando la acción creadora de Dios, lo imagina como un hábil tejedor, capaz de crear “prodigios” con materiales muy modestos.

¡Cuán necesario es no olvidar que nuestro apostolado no es una obra individual! La fecundidad en la evangelización proviene de la relación, de la comunión tanto con Jesús Maestro como con el hermano. Y es por eso que el acto de crear es una de las formas más fructíferas de vivir un proceso de “transfiguración”¹⁴. Si nuestro apostolado está verdaderamente entrelazado con las relaciones, quienes entran en contacto con el fruto de nuestro trabajo no sólo nos ven a nosotros, sino al Padre que nos generó y experimentan que la comunión es lo que fecunda y da sentido a nuestra historia.

En este cambio de época, donde es más fructífero “mostrar” que “demostrar” la cercanía de Dios, es necesario dar testimonio del Evangelio como Paulinos, pero también narrar nuestra vida cotidiana, nuestro modo cotidiano de vivir el apostolado juntos, que no significa “hacer todos lo mismo”, sino sentir que todos, aunque diferentes, estamos llamados a vivir nuestra humanidad como la vive la Trinidad, en la comunión.

¡Qué verdaderamente atractiva es una comunidad que crea juntos! Quien ve esta comunión queda sorprendido, fascinado por su propia belleza, siente nostalgia de una vida más orgánica¹⁵ y entra en contacto con una experiencia que en realidad es una propuesta de vida. Cada gesto, cada apostolado, si expresa el cuerpo de Cristo, se vuelve comunicativo porque da concreción al amor, muestra el amor encarnado. Esto es lo que sucede cuando escribimos un libro, cuando maquetamos una revista, cuando publicamos una fotografía, cuando damos vida a una página web, realizamos un video para YouTube, cuando organizamos un curso de comunicación o un encuentro vocacional con jóvenes, cuando emprendemos un camino de animación bíblica, cuando hablamos por la radio o pasamos todo el día en la librería, cuando nos dedicamos a la pastoral... pero también cuando hacemos que nuestra casa sea acogedora, preparamos la comida, visitamos un amigo o un hermano enfermo. Este estilo de vida atrae y transfigura, cambia profundamente, nos hace vivir una verdadera metamorfosis, ese proceso de cristificación que es objetivo de la creatividad y de la vida misma paulina.

La comunidad, por tanto, no es un lugar genérico, sino un hogar donde las relaciones son más importantes que los roles, donde lo que nos mantiene unidos no es simplemente un

¹⁴ Brozovič A., *La creatividad, experiencia de la filiación*, Lipa Edizioni, Roma 2022, p. 110.

¹⁵ Idem, p. 179.

interés, sino el propio padre. Para nuestra Familia Paulina, quien nos “engendró”, quien, acogiendo en sí la vida de Dios, dio a luz un “hogar”, una manera muy específica de amar a la humanidad y de ser apóstoles como San Pablo, es el Beato Santiago Alberione.

4. Los Paulinos: artesanos de la evangelización

El arte de la misión paulina encuentra su punto de referencia en san Pablo y en Don Alberione, el artesano que supo redefinirlo en los nuevos tiempos. Suya fue entonces la experiencia de muchos Paulinos y Paulinas que, implicados y apasionados por el Apóstol y el Fundador, lo dieron todo por el apostolado, tanto en las comunidades que poco a poco surgieron en Italia, como progresivamente en todos los continentes. Estamos hablando de las primeras décadas de nuestra historia, a partir de los años 30, de una fase en la que durante al menos treinta años la Familia Paulina se expandió a nivel de miembros, casas e iniciativas apostólicas.

4.1 Artesanos de la “primera hora”

Leyendo el “libro” de nuestra historia encontramos muchos nombres, muchos rostros que con fe y audacia partieron confiando en la palabra de Don Alberione. Una generación de verdaderos pioneros de la evangelización con los medios de la época, artesanos que muchas veces tuvieron que inventar algo para sustentarse e iniciar la misión. Estamos hablando de una generación de jóvenes – a menudo inconscientes de la realidad social y eclesial a la que tuvieron que enfrentarse – que tuvieron que afrontar muchos desafíos, entre ellos el de la lengua que no conocían, la pobreza de medios, de una Iglesia local que no los entendía... de una preparación que no siempre está a la altura del compromiso. ¡Cuántas cartas, pues, escritas a Don Alberione, cuántos telegramas! ¡Cuántos mensajes de respuesta enviados por el Primer Maestro para darles indicaciones concretas, animarlos y motivarlos en la misión! Podríamos componer una especie de “diario” de vida paulina, compuesto de testimonios increíbles. El Fundador, personalmente, cuidó las relaciones, se acercó, no dejó a nadie solo, creó esa “cultura del encuentro” que fue verdaderamente crucial para la misión: comunicó de corazón a corazón, para que *«cada uno de nuestro sacerdote ama la nacionalidad en la que se encuentra, adonde ha ido o irá para llevar la doctrina, la santidad, la gracia de Jesús con el poderoso medio de apostolado: la edición»*¹⁶. Su forma de escribir anticipó un estilo de comunicación que se utiliza habitualmente hoy en día en las redes sociales: un texto breve, compuesto de pocas, pero incisivas palabras.

Los propios viajes realizados por Don Alberione para encontrar a la Familia Paulina crearon comunión, formas siempre nuevas de un artesano de las relaciones. Sus visitas hicieron resurgir el entusiasmo, todos se sintieron apoyados en sus dificultades, creció la conciencia de ser una familia de apóstoles y apóstolas. He aquí las tres primeras fundaciones fuera de Italia, todas ellas en 1931: Brasil con don Benedetto Trosso y con don Saverio Boano; los Estados Unidos con don Pietro Borrano, al que luego se sumaron don Estanislao Crovella y don Mario Gandolfi; Argentina con don Benedetto Trosso, quien llegó desde Brasil, al que también se sumaron don Edoardo Teresio Costa y don Rinaldo Angelo Cozzani.

No es posible aquí ofrecer un resumen de todas las fundaciones y sus misioneros porque son muchas. Deberíamos hablar de nuestras realidades en India, Filipinas, Japón, pero también en Canadá, México, Colombia, Venezuela... Debemos recordar a don Michele Ambrosio, don Guido Paganini y don Alfonso Ferrero (India); don Matteo Bernardo Borgogno y don Gaetano Marco Grossi (Filipinas), don Paolo Marcellino y don Lorenzo Bertero (Japón), don Angelo Pettinati y el hermano Angelico Abrate (Canadá), don Francesco Michele Sirito y el hermano

¹⁶ Alberione G., *Carissimi in San Paolo*, Edizioni Paoline, Roma 1971, pp. 90-91.

Piero Degani (Colombia), don Ugo Zecchin (México), don Francesco Sirito y el hermano Giuseppe Scarnato (Venezuela), don Giacomo Corrà, don Raffaele Tonni y don Giuliano Zoppi (Congo). Cuánta inventiva por parte de los hermanos de la primera hora.

No se trata de una simple lista de nombres, sino de la presentación de hermanos que han entregado toda su vida a la misión. A ellos habrá que sumar muchos otros: don Domenico Valente (Gran Bretaña), don Francesco Saverio Borrano (Australia), don Giovanni Battista Mabritto (Alemania), don Renato Simoni (Irlanda), don Paolo Marcellino (Corea), don Giuseppe Costa y el hermano Matteo Toffani (Chile), don Saverio Boano (Portugal), don Paolino Gilli (Francia) y don Cesare Robaldo (Polonia).

Sus nombres, sus vidas son como un salmo de alabanza a la Trinidad, un canto de alegría por las grandes cosas que el Señor ha realizado en nuestra historia y en particular en la de estos jóvenes paulinos que «*dejaron todo y lo siguieron*» (Lc 5,11), convirtiéndonos en testigos de manera creativa del anuncio del Evangelio. Entre estos jóvenes también cabe recordar a don Desiderio Costa y don Antonio Brossa en España, hace ya 90 años.

Artesanos valientes, pero también frágiles, a veces por las dificultades de las relaciones entre ellos, quizás por su carácter o forma de ver las cosas; frágiles debido a su salud y a las difíciles situaciones sociales que atravesaron. Es el caso, por ejemplo, de nuestra misión en China, cuando Don Alberione envió a don Pío Bertino y a don Emilio Fassino, este último sustituido posteriormente por don Agostino Ghione y don Clemente Canavero. Tuvieron que cambiar de planes debido a la guerra chino-japonesa (poco después de mediados de los años 30) y por ello abandonar Nankino, refugiándose en Filipinas, y tras regresar en 1938, volver a marcharse – esta vez definitivamente (1952) – porque fueron obligados por el gobierno. El 26 de abril de 1951 don Speciale anota en su diario: «*Noto tanta tristeza y dolor en el rostro del Primer Maestro. Sin duda tiene el gran peso de pensar en los niños y hermanos expulsados de China que tienen que dejarlo todo después de tanto trabajo y después de tantas esperanzas para esa gran nación*». En 1947 un cohermano, don Vittorio Borrelli, murió en China con sólo 31 años. Enterrado en el cementerio de Nankino, permanecerá allí como una semilla sembrada para el futuro. Finalmente, lo mismo ocurrió en Cuba y Polonia, aunque en estas dos últimas naciones, en tiempos más recientes, la Providencia ha abierto los caminos para nuestra nueva presencia.

La artesanía de estos hermanos se expresó en las redacciones – libros, revistas, subsidios de diversa índole – pero también en las imprentas, en la radio, en las editoriales discográficas, en las librerías, en una amplia difusión... en las innumerables ediciones de la Biblia y con ellas las semanas bíblicas y las jornadas del Evangelio, hasta San Paolo Film. Cuántas y cuántas colaboraciones con la Iglesia local, cuántas maneras en las que nos hemos insertado en diferentes contextos.

De esta creatividad nos habla también el ingenio de don Enzo Manfredi, que vivió durante treinta años en la Comunidad Vaticana y que inventó un sistema de comunicación telefónica múltiple para la Ciudad del Vaticano; una prueba más de ello es la fecundidad editorial de don Mauro Ferrero en la India con más de ciento veinte libros publicados. El fruto de la creatividad es la valorización de lo que la Providencia nos ha dado en Chile, donde los hermanos, ayudados por el padre jesuita Alberto Hurtado – canonizado por Benedicto XVI el 23 de octubre de 2005 – lograron comprar una librería y la editorial *Esplendor*. ¿Cómo no pensar entonces en todo lo que algunos cohermanos han hecho para crear la radio en Japón y Brasil? Y podríamos seguir con muchos otros ejemplos.

Las palabras de Don Alberione resumen todo este dinamismo: «*El estudio de la geografía tiene una finalidad altísima: conocer a los hombres: costumbres, religiones, leyes, medios de cultura, situación demográfica, tendencias... predicar el Evangelio a toda criatura... El sacerdote [y el Discípulo del Divino Maestro] debe conocer la geografía como todos los estudiosos... y buscará todos los inventos, medios y bienes que sirvan a su altísima vocación*»¹⁷.

¹⁷ Idem, p. 30.

4.2 Artesanos en el mundo contemporáneo

Nuestra mirada, sin embargo, no puede detenerse en el pasado lejano. Siempre y de diferentes maneras, el amor a la misión suscita en los cohermanos el deseo de seguir dando nuevos impulsos al apostolado paulino. A lo largo de los años, nuestra presencia se ha expandido a Nigeria, Ghana y Angola, Paraguay, Perú, Bolivia, Ecuador y Panamá, Macao, Vietnam y Ucrania. Horizontes hechos posibles gracias a la disponibilidad de un buen número de cohermanos y al compromiso tenaz de varias de nuestras Circunscripciones. Por tanto, los apostolados continuaron y encontraron nuevas expresiones, como, por ejemplo, el nacimiento de los Centros Paulinos de Estudios de Comunicación, los Centros Culturales y los diversos Festivales. Nuestro apostolado se ha abierto e integrado a la red digital, a las redes sociales. Algunos de nuestros hermanos producen documentales y películas, un buen número produce programas de radio y televisión; hay fotógrafos profesionales, alguien escribe iconos y pinta; tenemos una televisión local. Y seguimos invirtiendo en formación y animación bíblica.

Creatividad de cada paulino, pero también de comunidades enteras, un apostolado vivido juntos porque es complejo; hoy más que nunca es necesario integrar lenguajes y contextos comunicativos. Por eso Don Alberione se dirigió así a sus hermanos de Australia: *«Avancen ayudándose unos a otros, en una colaboración cordial, profunda e íntima. Junten todas sus oraciones por esta misión que tienen aquí en Australia»*. Estas palabras ciertamente se aplican a todas las realidades.

Somos parte de este fluir de vida paulina y damos continuidad a una historia que nunca termina, miembros de un cuerpo apostólico, de una misión hecha de encuentros, de caminos compartidos, de tanta humanidad.

5. Artesanos al estilo del Evangelio

Hay una parábola en el Tercer Evangelio cuyo protagonista es un “experto en humanidad”: la del buen samaritano (Lc 10,25-37). Un doctor de la Ley pregunta a Jesús quién es su prójimo¹⁸, luego de que el Maestro le reiterara que amar al prójimo es necesario para heredar la vida eterna. He aquí la figura del samaritano que, a diferencia del sacerdote y del levita, hace una serie de gestos de proximidad hacia un hombre encontrado medio muerto y despojado de todo: se acerca a él, lo vendar, lo carga en su asno, lo lleva al hotel, adelanta algo de dinero al hotelero. «¡Él lo cuidó!». El “prójimo” no es sólo el hombre herido, sino también el samaritano que se acerca. Es precisamente su corazón el que está en sintonía con el infortunado, demostrando que sabe lo que siente el corazón de Dios hacia todas las criaturas. Su corazón se abre e interrumpiendo el viaje, se ocupa de él¹⁹.

Todo comienza con una mirada: el samaritano “ve”²⁰ y es allí donde da el primer paso de su compasión. Ve una oportunidad de ayuda; ve la posibilidad de que donde él no puede, otros puedan hacerse cargo de este pobre hombre. El samaritano tiene una mirada amplia, una mentalidad abierta y es capaz de construir una red de solidaridad. Lo hace de forma concreta y atractiva²¹.

La escena se sitúa a lo largo del camino que va de Jerusalén a Jericó: del centro a las afueras. Y el samaritano, como hombre capaz de descentrarse, sigue precisamente este camino y se deja “distraer” por la nueva situación.

¹⁸ Cfr. Lc 10,29.

¹⁹ Cfr. Papa Francesco, *Audiencia general*, 27 de abril de 2016.

²⁰ Cfr. Lc 10,33.

²¹ Cfr. Angelini M.I., *Meditaciones para el Sínodo de los Obispos sobre la Sinodalidad*, Ciudad del Vaticano, 7 octubre de 2024 (<https://www.vaticannews.va/it/vaticano/news/2024-10/sinodo-la-meditazione-di-madre-angelini-del-7-ottobre.html>).

En todo lo que hace, el samaritano parece describir la acción del Hijo de Dios: se acerca a la humanidad, la envuelve, la asume... cuida de hombres y mujeres que están medio muertos. Ve muchas oportunidades de bien, de curación y crea una red de solidaridad que encuentra en los Doce a los primeros que se dejan involucrar. Éste es el significado de la conclusión de la parábola: “Ve y haz lo mismo” (Lc 10,37). Estas palabras no sólo están dirigidas al doctor de la Ley, sino también a nosotros, lectores de esta página evangélica. También nos dice: «Hagan así». “Hacer” es sinónimo de vivir, “vivir así”, vivir con una mirada amplia, una mentalidad capaz de construir una red de ayuda, un... artesano de comunión.

En esta parábola releemos el significado profundo de nuestro apostolado. Como el samaritano, como Jesús, es necesario dejarse interpelar por la humanidad de hoy, sentir compasión (o “sufrir con”) de la humanidad, comprender que de mi suerte depende también el destino de mis hermanos y hermanas, que es necesaria una comunión de solidaridad, donde las calles de hoy también son digitales porque precisamente allí encontramos a buena parte de la humanidad, muchas veces despojada de su dignidad, vendida por los algoritmos.

«¡Ve y haz tú lo mismo!». Jesús parece repetir esta frase incluso después del encuentro con la mujer pecadora en casa del fariseo Simón (Lc 7,36-50). La escena gira en torno a una reunión. Mientras Jesús está a la mesa en casa de Simón, esta mujer entra sin previo aviso, sosteniendo un vaso de perfume; llorando, comienza a mojarle los pies con sus lágrimas, los seca con sus cabellos, los besa, los rocía con perfume. El fariseo se escandaliza de cómo Jesús acoge todos estos gestos de la mujer, pero Jesús le ayuda a leer lo que ella hace desde otro punto de vista.

Su mirada hacia la mujer está llena de amor: sabe que el llanto es por los muchos pecados y está lleno de arrepentimiento. Lo que ella hace, Jesús lo percibe como expresión de un amor negado por Simón: «*Tú no me diste agua para mis pies... Tú no me diste un beso... Tú no ungiste con aceite mi cabeza...*» (7,45-46). Cuántas oportunidades perdidas.

Esta mujer expresa la creatividad del amor, se convierte en artesana de una comunión que nace del encuentro con quien es el Amor. Las acciones que realiza – moja, seca, besa, unge, rocía – son su manera de expresar el paso de la salvación en su vida. Y Jesús está allí, de pie frente a ella, como el samaritano. Lo que la mujer hace hacia Jesús evoca todo lo que hace el samaritano. Los gestos tienen el mismo significado. Ambos son creativos según su propia historia, sus propias cualidades humanas, su propia cultura. El samaritano y el pecador nos hablan de su arte de comunicar amor, de vivir una multiplicidad de gestos que tienen como objetivo la comunión²².

Dos páginas evangélicas que re-expresan el significado de nuestro apostolado. En el gesto de comunicar decidimos, como el samaritano, cuidar de nuestros interlocutores. Es un acto de apertura a los demás que al mismo tiempo nos dirigimos a Jesús, Maestro de amor y de misericordia. Ungir el cuerpo de la humanidad – como Paulinos artesanos de la comunión – es ungiendo el cuerpo de Jesús; perfumar el cuerpo de Jesús es perfumar de resurrección el cuerpo de la humanidad.

6. Artesanos de esperanza en el año jubilar

Una humanidad herida, como el desventurado de la parábola de Lucas, va en busca de esperanza, de un futuro diferente. Este es el tema que el papa Francisco ha colocado para el Año jubilar (24 de diciembre de 2024 – 6 de enero de 2026). Todos esperan: «*La esperanza está contenida en el corazón de cada persona como deseo y expectativa de bien, a pesar de no saber lo que le deparará el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro genera a veces sentimientos encontrados: de la confianza al miedo, de la serenidad al desánimo, de la certeza a la duda. A menudo nos encontramos con personas desanimadas que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad*»²³. El “todos esperan” se convierte para nosotros en una

²² Valdir José De Castro, *Carta anual. Apóstoles comunicadores. Para una cultura del encuentro*, Roma, 2018.

²³ Papa Francisco, *Spes non confundit*, Roma, 9 de mayo de 2024, n. 1.

llamada porque al ver la realidad en la que estamos inmersos nos acercamos a todos, convirtiéndonos en compañeros de viaje. Antes de llegar a la ciudad de san Pedro y san Pablo, no debemos tener miedo de buscar a quienes todavía están encerrados en su propio mundo, sin saber que el Señor los espera. También nosotros somos peregrinos, no solitarios sino cercanos a otros *«peregrinos de la esperanza que no dejarán de recorrer caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar»*²⁴. Entre los caminos modernos podemos incluir también los de la red, de los lenguajes digitales, de estos lugares existenciales que pueden convertirse en espacios de encuentro con Cristo. Por eso *«dejémosnos atraer por la esperanza y dejemos que se contagie, a través de nosotros, a quienes la desean. Que nuestra vida pueda decirles: “Esperen en el Señor, sean fuertes, se fortalezca tu corazón y espera en el Señor” (Sal 27,14)»*²⁵.

7. Mirando al mañana

El tiempo que vivimos necesita artesanos de comunión y nosotros también podemos dar nuestra contribución. La Iglesia primitiva lo hizo, como nos dicen los Hechos de los Apóstoles²⁶. Impulsada por el Espíritu, pudo hablar diferentes idiomas y salir de Jerusalén hacia nuevos horizontes. El mismo Espíritu actuó en la primera generación de Paulinos y en tiempos más recientes en los cohermanos que con igual generosidad y espíritu de sacrificio han dado vida a nuevas comunidades y nuevos apostolados. Donde está el Espíritu hay creatividad, se es generativo, la vida se difunde: *«Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, en la forma en que el Espíritu les daba la fuerza para expresarse»* (Hch 2,4). Y el Espíritu que es amor, todavía hoy continúa conduciéndonos allí donde es necesaria la resurrección.

Éste es, por tanto, el momento de hacernos algunas preguntas. Preguntémosnos, con honestidad, si realmente estamos disponibles para dejar actuar el Espíritu del Señor: donde surgen resistencias que se repiten, falla la creatividad, sufre el apostolado, la comunión como estilo de vida de quien sigue a Cristo... ¿Cómo vivo la misión? ¿De forma cansada y repetitiva o con ganas de abrir nuevos caminos para el Evangelio? ¿Los proyectos apostólicos tienen en sí mismos una buena dosis de coraje e ingenio? ¿Cómo alimento la alegría de ser apóstol, “editor” paulino creativo y generoso? ¿Soy consciente de que hoy es realmente necesario “mostrar” y no “demostrar”, que la vida nueva se vive ante todo en comunión entre hermanos, con el pueblo de Dios y con Jesús Maestro? ¿Estamos comprometidos en construir comunidades acogedoras, capaces de dialogar, de caminar juntos, en salida? ¿Ofrezco mi aporte para que la comunidad promueva una “cultura vocacional” y por tanto se convierta en una propuesta vocacional? ¿Amo la studiosidad para renovar mi apostolado? ¿Recurro a la oración para ser generativo, para vivir una creatividad que deriva de una profunda sinergia con Cristo Camino, Verdad y Vida? Estas preguntas nos ayudan a no dar por sentada la calidad de nuestra vida paulina.

Queridos hermanos, el anuncio del Resucitado y de su Evangelio es verdaderamente necesario. La humanidad pregunta y espera encontrarlo. Precisamente a la luz de esta pregunta incesante, de este grito a veces inexpressado, cada uno de nosotros redescubre el sentido de nuestra vocación, atendiendo a una humanidad despojada. Hoy, como ayer, es verdaderamente necesaria la artesanía paulina, una creatividad que genere comunión a todos los niveles. El Espíritu nos da a cada uno de nosotros nuevo coraje para ser emprendedores y especialmente a las nuevas generaciones. El Espíritu nos pide vivir nuestra misión con más libertad interior, con mayor disponibilidad, dispuestos también a dejar nuestra propia tierra, nuestra propia cultura y sobre todo nuestra propia mentalidad para vivir en nuevos contextos existenciales.

²⁴ Idem, n. 5.

²⁵ Idem, n. 25.

²⁶ Cfr. At 2,1-11.

